

REGIONALISMO, LITERATURA Y TRES NOVELAS PERUANAS DEL SIGLO XIX (1)

Julio Noriega Bernuy
Universidad Nacional
San Cristóbal de Huamanga

El regionalismo, subestimado por muchos y valorizado en su real dimensión por contadas personas, es aún hoy materia que requiere un esclarecimiento cabal. Reducido a un localismo, ruralismo o paisajismo en unos, enmarcado en lo geográfico y económico para otros, el fenómeno regionalista en el Perú ha sido postergado en lo literario.

Las siguientes páginas intentan resarcir ese descuido y, quizás, desentrañar el verdadero sentido y significado del regionalismo en el ámbito cultural. Con este propósito, se analiza la espionosa cuestión de la región y el regionalismo en el Perú, su repercusión en la literatura nacional en general y en tres novelas fundamentales del siglo XIX, en especial. Tal perspectiva parece facilitar el esclarecimiento de las relaciones entre la región, el regionalismo y la novela regionalista; es decir, entre un hecho social, una ideología y una forma de expresión artística.

Sin embargo, no es propósito del presente estudio determinar si las novelas o escritores a mencionarse son enteramente regionalistas. Indudablemente, hay mucho de regionalista en ellos; pero, no por eso dejan de ser centralistas. El esclarecimiento total exige un análisis más profundo y concienzudo del problema.

1. REGIONALISMO

1.1. Referencias Históricas

El regionalismo en el Perú tuvo su origen ya en tiempos de la Colonia, como consecuencia de un mal gobierno, de una demarcación política impropia y de la unidad indígena aún vigente.

El régimen colonial mantuvo un sistema de centralismo político a distancia que, teniendo a los curas, corregidores y hacendados como focos de poder local para explotar al indio, hizo del Perú:

“un conjunto de provincias mal gobernadas, con un soberano nominal al frente. En las provincias el despotismo tomó distintas formas subordinadas al modo de proceder de los corregidores, intendentes y hacendados, etc.” (2)

La división territorial virreinal no surgió tampoco de la realidad y menos podía haber esbozado una unidad. Fue sencillamente una demarcación arbitraria que segregaba rompiendo lazos históricos, como en el caso de Puno al pasar al Virreinato de Buenos Aires, o abandonaba zonas de vital importancia, como sucedió con el Cusco y la meseta del Titicaca distantes de las Audiencias de Charcas y de la ciudad de los Virreyes (3). Precisamente, en estas ciudades fue donde más profundo se sintió el regionalismo —a lo largo de la historia— como rebeldía y sublevación, en los posteriores días coloniales, y como descontento y condena al poder central, en la República, que tomó el mismo criterio anacrónico e injusto para la formación de los departamentos y el ejercicio del poder local.

La unidad indígena, durante el siglo XVIII, llevó a cabo protestas y movimientos de carácter local contra los abusos de las autoridades; abusos incontrolables debido a la gran distancia de las regiones indicadas con relación a los centros de poder en Lima y Buenos Aires —según Emilio Romero— y a causa de una especie de transacción entre el poder central y la autonomía de la clase propietaria —según Basadre. La obra de mayor magnitud, en este aspecto, la constituyó el levantamiento de Túpac Amaru, forjado por el consenso de provincianos oprimidos.

Alberto Flores Galindo, al historiar el regionalismo del Perú

independiente, afirma que no se trata de un sentimiento “persistente y reiterado” —desprendimiento de la apreciación hecha por Mariátegui— y encuentra su máximo apogeo en tres momentos coyunturales:

a) Luego de la Independencia, cuando la debilidad del Estado, las guerras internacionales y la indefinición de las fronteras permiten la aparición de movimientos separatistas en el Sur, especialmente en Arequipa.

b) Después de la Guerra del Pacífico, con el levantamiento de caudillos (Piérola, Durand y otros) y la rebeldía de las llamadas montoneras que luchan contra Lima.

c) Durante el oncenio (1919-1930), con el surgimiento del Movimiento Descentralista en resistencia a la expansión del Estado, el crecimiento de Lima y un centralismo asfixiante (4)..

Reafirmando la concepción de Mariátegui y considerando la síntesis de Flores Galindo, se puede establecer dos grandes etapas en el desarrollo histórico del regionalismo. La primera, que corresponde al siglo XIX en la que reinan las imprecisiones, llamada viejo o antiguo regionalismo. La segunda, que nace con el presente siglo como expresión de una conciencia mejor definida, bautizada con el nombre de nuevo regionalismo.

El sentimiento del viejo regionalismo alimentó subyacentemente movimientos de origen popular que, hartos de descontento, lucharon por derrocar gobiernos indiferentes a las necesidades populares. Pero, por muchas razones, estos esfuerzos no llevaron ventajas de orden social, sino, más bien, nuevos desengaños como los vistos en Orbegoso contra Gamarra (1834), Vivanco contra Echenique (1854), Castilla contra Pezet (1865) y Piérola contra Cáceres (1895) (5).

Las aspiraciones regionalistas de este primer momento han sido confundidas con los propósitos federalistas y gamonalistas. El federalismo, forma política surgida en Lima con los liberales que reclamaban autonomía y soberanía local, fue una pugna con el centralismo en el mismo seno de la clase dominante y jamás buscó una reivindicación de carácter popular (6). El gamonalismo era el aliado de cualquier gobierno de turno para conservar su propiedad tradicional, basada en las relaciones serviles, y asegurar su poder político (7). Hoy, esclarecidos estos dos fenómenos, el viejo regionalismo se presenta como una realidad escondida en las

profundas contradicciones de la sociedad de entonces que, con ideales débiles de justicia, denunció al régimen centralista:

“El regionalismo no es en el Perú un movimiento, una corriente, un programa. No es sino la expresión vaga de un malestar y de un descontento”. (8)

Cuando el siglo de las guerras y el militarismo había dado el último suspiro, asomó la aurora del siglo XX. Con ella se acompañaron el latifundio y el capitalismo marcando el curso del Estado. Dentro de una constante de regímenes que facilitaron este desarrollo, estallaron las huelgas por las ocho horas laborales, las movilizaciones masivas y los movimientos intelectuales en Cusco, Puno y Trujillo (9). En este panorama de contradicciones es que el nuevo regionalismo toma forma y conciencia; pasa, del simple descontento y denuncia contra las autoridades, a expresar un nuevo sentimiento de forjar un Perú integral:

“Este regionalismo no es una mera protesta contra el régimen centralista. Es una expresión de la conciencia serrana y del sentimiento andino. Los nuevos regionalistas son, ante todo, los indigenistas”. (10)

El nuevo regionalismo viene desarrollándose como una conciencia y una fuerza política. Conciencia que, estudiando la problemática regional en sus aspectos estructurales, formula lineamientos y alternativas de desarrollo acorde con la realidad. Fuerza política, cuya base son las organizaciones populares y los frentes de defensa, que viene conquistando derechos considerables e imponiendo la discusión de un plan de regionalización nacional. Pero este regionalismo, por su tendencia a enmarcarse en el radio urbano y su falta de vinculación con el campesinado, aún no es capaz de ensayar una organización que democráticamente integre lo desintegrado en el Perú.

1.2. Acepciones y Variedades

El estudio del regionalismo en el Perú se inicia con Mariátegui para continuar con V.A. Belaúnde, Jorge Basadre, Emilio Romero y otros, historiadores y sociólogos, más contemporáneos.

El regionalismo, para Mariátegui, significaba prioridad del

problema indígena y agrario, conjugaba la condena al centralismo y al gamonalismo, revelaba el conflicto de la costa española y la sierra indígena: conflicto de dos mentalidades e idearios en busca de justicia social (11); en cambio, para Belaúnde, suponía la proyección de las intendencias dentro de la “armoniosa unidad peruana” y apuntaba a la expansión económica y cultural del poder central, aún “estrecho y absorbente” (12); para Basadre, más que prédica contra Lima, insinuó la superación de injusticias en cualquier territorio, la reivindicación integral de los valores nacionales y la reacción contra los patrones foráneos a seguir (13); y para los posteriores, se entiende como un análisis exhaustivo de la realidad nacional, una fuerza popular en camino a conquistar la justicia social y un medio de recuperación de nuestra legítima historia.

Existe una diversidad de criterios que tratan de distinguir, según su contenido, las clases o variedades del regionalismo. Estas, como los criterios mismos, son numerosas y confusas. A pesar de ello, el federalismo y el separatismo —vistos erróneamente como parte componente del regionalismo político— ya quedan aislados: avance con el que se rompe la larga tradición de objetar al regionalismo de ser un medio que fracciona la integridad y unidad nacionales.

El regionalismo puede ser social, político y jurídico (14). En el social se incluyen el literario y el económico; en el político se contempla el que directamente procura el gobierno de la región por sí misma; y en el jurídico se agrupan el administrativo y el de las relaciones civiles (civil). El regionalismo administrativo, parte del jurídico, que significa plena autoadministración y desarrollo de instituciones regionales libres de trabas y de tutelas, es conocido también con el nombre de descentralismo. Este, sin embargo, es un sistema político que pretende transferir a diversas corporaciones parte de la autoridad que antes ejercía el gobierno supremo del Estado (15) y, según muchos, es la migaja con la que el gobierno centralista persigue acallar la lucha dirigida a la búsqueda de la democracia auténticamente popular (16). Es decir, el regionalismo de cualquier tipo va más allá de la descentralización y, comprendiendo aspectos sociales, económicos y culturales, alcanza a la región que debe guiar el destino de la vida institucional; por el contrario, el descentralismo es un recurso del Estado que, al margen de la región, crea instituciones para encargar o transfe-

rir parte de su poder. Asimismo, la definición del regionalismo literario, entendido como la difusión de la lengua regional o dialecto mediante la literatura hasta lograr su reconocimiento oficial, merece una observación. Esta reitera el acierto evidente a que se ha llegado al considerarlo dentro del regionalismo de contenido social y procura ampliar, rectificar y enmendar juicios que no expresan el verdadero significado de la materia que se intenta conocer. Tal parece suceder cuando, atendido a la función instrumental de la lengua en la literatura, se le atribuya a ésta cualidades y problemas puramente lingüísticos. Por consiguiente, no puede ser regionalismo literario la conservación, difusión y oficialización de la lengua regional a través de las obras literarias; el regionalismo literario significa todo esto y mucho más: significa la interpretación de nuestra compleja realidad, el dar cuenta del sentido de la vida misma y la totalidad del mundo, y, por ende, la representación artística y trascendental de las relaciones del hombre regional y su ideología signada por el colonialismo, tanto interior como exterior. El regionalismo literario es, además, un mensaje que condena las injusticias sociales y exalta lo popular y democrático (17), una fuerza enraizada en la historia y la tradición de un pueblo que afirma el sentimiento nacional e integra, superando la hegemonía y el privilegio cultural centralista, a los sectores más alejados en los que viven aún incólumes los elementos determinantes de la identidad nacional.

1.3. Región y Regionalismo

La región, término multívoco y problemático como señala Tamayo Herrera (18), es una unidad de espacio geográfico definida a través de un proceso histórico secular. Las relaciones de producción, el predominio de ciertas actividades económicas de naturaleza urbana o rural, la estructuración de una zona rodeada de vías de circulación, el desarrollo desigual que genera un conflicto entre el campo y la ciudad, el atraso y la dependencia, las diferencias de tradición y carácter, por último, la combinación de elementos muy diversos dan como resultado la región y hacen de ella una realidad —en palabras de Mariátegui— más antigua que la nación misma. Basadre, en este sentido, tuvo plena razón al plantear que la región se perfilaba por su estructura geológica y se caracterizaba en forma definitiva con la acción del hombre sobre

esa realidad natural.

Asimismo, conviene mencionar los dos tipos de región: uniforme y nodal, señalados por el Comité sobre Regionalismo de la Asociación de Geógrafos Americanos (19). Las regiones uniformes se caracterizan por ser homogéneas en su integridad, por contar con el factor físico como elemento importante y por hacer de la agricultura una actividad predominante. En cambio, las regiones nodales aparecen con la tecnología, son homogéneas únicamente con relación a la organización interna y se estructuran en base a la red de vías de comunicación y transporte.

La región en el Perú ha sido limitada a tres puntos de vista: Uno, el departamento, término convencional y político que no corresponde a nuestra realidad. Otro, la división entre sierra, costa y montaña (conocida y simplista según Basadre, trascendente a nuestra realidad social y económica según Mariátegui) que se halla bien determinada por la naturaleza y por las características ya anotadas en los *7 ensayos...*; vale añadir a esta consideración el Mar Territorial Peruano que con la Costa, los Andes y la Amazonía forma nuestro territorio total, es decir, continental y marítimo (20). Y otro, la división entre Norte, Centro y Sur, que viene a ser un criterio verdaderamente sin importancia. Este estado de cosas exige, si en verdad se desea salir del subdesarrollo, una regionalización que señale con precisión las regiones auténticas sobre las que debe descansar todo proyecto de desarrollo.

Región y regionalismo en el Perú coexisten ligados indisolublemente. La primera es la realidad misma y el segundo, la ideología y el tener conciencia de ella. Aquélla es la vida social, económica y cultural caracterizada dentro de una zona geográfica y éste es su expresión fenoménica que la identifica y la diferencia. La una es la sociedad en su dinámica y su historia, el otro es la capacidad creadora y la experiencia de esa realización histórica. Luego, ambos, encarnan los valores nacionales, la esperanza de la unidad verdadera y la posibilidad de acabar con el desarrollo desigual y con todas las formas de dominación.

1.4. Regionalismo y Centralismo

El centralismo es, por oposición al regionalismo, un régimen cuyo proceso político y económico somete a un centro de poder monocrático las decisiones que marcan el curso del Estado. Su

existencia no alude necesariamente a la concentración de funciones en un mismo punto (21), sino, más bien, reside en la acción hegemónica y dominante de un sector que hace del Estado una maquinaria al servicio de sus intereses. El centralismo, en la vida de las naciones, ha modelado el crecimiento desarticulado y el desarrollo desigual de sus regiones, ha atizado esa vieja contienda entre la ciudad y el campo y ha fomentado la migración y la marginalidad: productos de un crecimiento no estructurado (22). En el Perú, el centralismo mostró una virtud y muchos efectos negativos. La virtud se hallaría, siguiendo el comentario de César Lévano, en haber aparentado la fisonomía unitaria del Perú independiente en momentos de gran tensión y conflicto, tanto en el plano nacional como internacional. Los desaciertos, entre otros, estarían en haber propugnado el auge costeño, satisfecho las exigencias extranjeras para la explotación de nuestros recursos, condenado a muerte las industrias provincianas, perpetrado el genocidio de los indios y generado el resentimiento de las provincias con respecto de la capital. Este fenómeno marcó su sello también en la literatura peruana. Hizo de ella, como afirmó Mariátegui, una literatura española y colonial por muchos años y permitió que Lima impusiera sus modelos artísticos a las provincias.

2. REGIONALISMO Y LITERATURA PERUANA

Si es aceptable que el regionalismo sea un sentimiento, una actitud y una conciencia sobre la realidad, y si es concebible que la literatura, como expresión humana, refleje una ideología y un hecho de conciencia social, cuyo fenómeno se halla articulado a la estructura social y cuya función radica en explicar e proceso histórico de las sociedades y las relaciones imperantes en ellas (23); entonces, es admisible el intento de explicar o entender nuestra literatura en relación al “necio centralismo” y al “justo regionalismo”, que brillan en nuestra historia. Si el proceso literario normal comprende un período colonial, otro cosmopolita y otro nacional (24), y si, de estos períodos, dos han correspondido al centralismo oficial que hizo del colonialismo una literatura aristocrática, española, y del cosmopolitismo, en parte, una imitación extranjera; entonces, el último debe pertenecer al regionalismo. Si el período nacional, en proceso de definición en el Pe-

rú, requiere de una personalidad y de un pensamiento propios; y si el regionalismo viene a ser una posibilidad para encontrar esos elementos y aun para fortalecerlos; entonces, la verdadera literatura peruana, aún en formación, podría venir en el inconcluso y nuevo regionalismo.

En resumen, el examen de la diversidad y del sentido nacional condensa, probablemente, el conjunto de aspectos inherentes al regionalismo en la evolución literaria del Perú.

2.1. La Diversidad

Una sociedad como la nuestra —resultado de un desarrollo desigual en que la costa se hace capitalista, la sierra conserva sus arcaicas formas de producción y la selva se convierte en una zona marginal— tenía que ofrecer una imagen cultural heterogénea, plural y ambigua a través de su proceso histórico dentro de un esquema de dominación colonial y semicolonial. Acierta Matos Mar (25) cuando culpa al mecanismo de dominación interna y externa como causante de esta organización desarticulada de la sociedad peruana. Asimismo, A. Salazar Bondy (26) no está fuera de razón al señalar que “difícilmente puede hablarse de una cultura peruana sino, más bien, de una multiplicidad de culturas separadas en nivel y amplitud de difusión”. Por consiguiente, el acontecer literario, fenómeno cultural por excelencia, marca su evolución bajo las mismas condiciones de disimilitud. Sólo que esta diversidad fue negada, impedida o, sencillamente, tergiversada por el grupo culturalmente dominante. Sin embargo, la aristocrática literatura colonial sintió el golpe de la peruanidad en más de una oportunidad. Garcilaso, Guamán Poma y Melgar —baluartes de la pervivencia cultural autóctona— sacudieron el frágil y místico andamio del Virreinato. Por lo mismo, ellos simbolizan el punto de partida en la tarea difícil de construir una literatura auténticamente peruana.

A Garcilaso se le ha objetado de pertenecer a la ideología encomendera y de expresar la mentalidad de los criollos y mestizos de linaje, discriminados por la “burocracia colonial” (27). Se le ha acusado de soslayar el trágico presente y evocar el pasado con tono nostálgico. Inclusive se le ha reclamado una pequeña dosis de denuncia en sus obras. En parte, válidas son estas opiniones vertidas. Más ellas no quitan el verdadero aporte del Inca que

radica, primordialmente, en su visión dual de la historia y su voluntad por hacer del castellano un instrumento capaz de transmitir las vivencias y sentimientos de un pueblo mestizo (28).

Guamán Poma de Ayala llena las expectativas regionalistas con mayor claridad. En *La nueva coronica y buen gobierno*, plasmó nítidamente la acción que le faltó a Garcilaso: la denuncia contra la destrucción de la sociedad indígena. La denuncia, en Guamán Poma, totaliza el contenido de su discurso. Su obra, mediante una visión dramática entendida como el mundo al revés, informa sobre la vida de los pueblos, de las instituciones y de los hombres. Estos se hacen presente modelando, con sus características, una desarticulación en el desarrollo de la vida nacional. Consciente del caos y el desorden, Guamán Poma anhela establecer un buen gobierno para reordenar, dejando en su lugar histórico a cada clase, e integrar la sociedad peruana. En tal virtud, la precursora labor ideológica y crítica de Guaman Poma, fundida en la experiencia y el conocimiento de nuestra realidad, viene a ser una razón que puede justificar su reconocimiento como el primer regionalista peruano a carta cabal.

Melgar, poéticamente, posee innumerables virtudes. Ellas vienen siendo resaltadas, cada vez más, en la historia de la crítica literaria que va rectificando los errores cometidos inicialmente. Mariátegui y V. A. Belaúnde coincidieron (29) en recuperar a Melgar del menosprecio en que había incurrido Riva Agüero, al considerarlo como "un momento curioso de la literatura peruana". El resto de los exégetas importantes (30) proclaman, unánimemente, el nacionalismo literario del poeta arequipeño que se nutre de la escuela misma de la peruanidad. Para el regionalismo, el mérito de Melgar es, sobre todo, haber logrado escapar a la dominación centralista ejercida por la capital.

Durante nuestra vida independiente del siglo pasado, dos hombres han orientado el curso de la incipiente literatura peruana. Ambos controvertidos: Palma y González Prada. El primero, colonial e hispanista para unos; criollo y mesocrático para otros (31). El segundo, el "escritor menos peruano" para algunos; el más íntegro y genuinamente peruano para muchos (32). Pero González Prada fue más radical. Atacó directamente al centralismo elitista, expresando que "el verdadero Perú" lo constituían no solamente los criollos sino, también, "las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera".

Sintetizando su pensamiento nacionalista, L. A. Sánchez dice que, González Prada, “Abogaba por un Perú nuevo, integrado por las provincias, con plena participación del indio” (33).

Luego, alrededor de los dos escritores anteriormente mencionados, figura un grupo de novelistas digno de ser considerado, por su encomiable labor, como el portavoz del sentimiento regionalista decimonónico y el iniciador de la novela en el Perú. Agrupó a escritores no muy cercanos cronológicamente —Aréstegui, Matto, Cisneros, Casós y Cabello— porque, a mi modo de ver, casi todos muestran una misma intención: la de novelar en base a la realidad en que vivieron y que experimentaron. Por esta razón la novela del siglo XIX, desde el punto de vista regionalista, arroja cuatro formas de encarar, enjuiciar o enfrentar, por parte del autor, la realidad nacional. El abandono, la denuncia el débil sentimiento autonomista y el antilimeñismo caracterizan, a grandes rasgos, la actitud de esas novelas frente a nuestra sociedad organizada en base a un poder centralista ineficaz.

Narciso Aréstegui, en *El Padre Horán* (1848), pone en evidencia el estado de desamparo y miseria —agravado por el centralismo—, en el que viven los pueblos del interior y exigen un efectivo y real gobierno para el Perú. Abandono y protección son los grandes pilares en que se mueve *El Padre Horán*. Ellos son el presente y el futuro. El primero refleja el actual estado de cosas, el segundo manifiesta el anhelo y la demanda para superar el caos. El primero cuestiona la función gubernamental y censura su ineptitud, el segundo clama respeto a la vida, a las fuentes de trabajo, a las pequeñas industrias y al indígena.

Clorinda Matto de Turner, con su novela *Aves sin nido* (1889), culmina una serie de tentativas por desenmascarar la acción de la odiada trinidad indígena que, amparada por el poder de la metrópoli, oprimía y explotaba a los indios. Empeño que tiene sus raíces en Guamán Poma de Ayala, revive en Itolararres (34) y cobra su mayor auge con *Aves sin nido*.

El tenue antilimeñismo y el héroe provinciano han hallado sus representantes en Benjamín Cisneros (más conocido como poeta), en Fernando Casós y en Mercedes Cabello de Carbonera. Todos, en la actualidad, ya casi olvidados (35). En general, ellos han condenado la sociedad limeña desde un punto de vista común: la moral. Guiados por este afán, cada uno a su modo y su

temperamento, atacaron las lacras sociales de la capital: la prostitución, la estafa, el lujo, el juego, la usura, la ambición, el contrabando y la burocracia.

2.2. El Sentido Nacional

El sentido nacional en la literatura supone la representación o plasmación de la conciencia nacional. Ella en el Perú, a su vez, es la constante búsqueda de la identidad y la personalidad peruanas, es la superación de la pluralidad cultural y es la lucha por la liberación y la integración nacional; es decir, es el darse cuenta de nuestra compleja realidad y partir de ella para todo proyecto de desarrollo. Esta realización social, en la literatura peruana, tuvo sus primeras manifestaciones en el período post-bélico de González Prada, pues, con él se habían marcado los primeros pasos decisivos hacia la afirmación del sentimiento nacional. Claro que, poco después, con la generación futurista —“un momento de restauración colonialista y civilista en el pensamiento de la literatura” (36) y sus exponentes: Riva Agüero, Javier Prado y García Calderón, cobró vigor el centralismo conservador que equivalía, según Mariátegui, al limeñismo y pasadismo como sentimientos. Para impugnar esta tendencia y rescatar los valores despreciados por ella surgió Colónida. Para reafirmar y mantener el nuevo rumbo nacionalista, con la presencia de un Perú “inédito” en la literatura, aparecieron Amauta y los indigenistas. En todos ellos el sentimiento regionalista fue primero y, más aún, el indigenismo representa una de las corrientes más genuinas del regionalismo peruano. Ellos, recogiendo los anhelos de un despertar provinciano, desgastaron los cimientos de la torre literaria edificada en Lima desde los tiempos de la Colonia y mermaron el monopolio cultural imperante.

Similar importancia han cumplido tres personajes representativos de la narrativa nacional en lo referente a la recreación artística del carácter de nuestra sociedad. Ellos —López Albújar, Ciro Alegría y José M. Arguedas— percibieron en forma nítida la desmembración social y plantearon narrativamente la necesidad de forjar un Perú integral. Ellos mismos, conocidos como exponentes del realismo indigenista, fueron quienes engrosaron la línea literaria que, naciendo con Aréstegui y prolongándose hasta Arguedas (y en la actualidad, con el neoindigenismo, hasta

Manuel Scorza y otros), adquirió nuevos bríos y mayor vitalidad en cada momento de su desarrollo. Esta singularidad, pues, encierra la gran posibilidad de estudiar el proceso de la narrativa peruana al margen de las escuelas o modas literarias efímeras y, muchas veces, extrañas a la misma realidad (37): signo insinuante del bosquejo de una literatura nacional.

La figura de López Albújar simboliza un período en la prosa del Perú. Epoca (1920-1930— caracterizado por la percepción de los conflictos humano. Problemas raciales y sociales, en una sociedad poderosamente maligna, son tratados desde la perspectiva de la libertad del hombre y la justicia social. Afán que a López Albújar lo condujo, en la novela, a denunciar el régimen esclavista que mantuvo el poder central en las haciendas norteñas y, en el cuento, a interesarse por el modo de ser y la personalidad del indígena: motivo que, a pesar del falso descubrimiento de un monstruo delictivo en el interior del indio, la reservó al autor de *Matalaché* el privilegio de ser el primero en crear un personaje indígena de carne y hueso (38).

Ciro Alegría ha sabido llegar novelísticamente con mayor seguridad a la médula del problema a nacional. El hombre, netamente peruano, constituyó la base de su rica historia narrativa. Hombre curtido ya en heroicas luchas contra las fuerzas de la naturaleza, ya afrontando la agresión discriminadora y despojadora de gamonales amparados por el poder central, o ya soportando el peso de la opresión tributaria y de la conscripción militar, sumadas a la indiferencia que el gobierno sabe entregar a las provincias. Este conflicto permanente patentiza, en el plano nacional, la contradicción entre el Perú oficial y el real o profundo. Ello refleja literariamente, en Alegría, la función social de la novela y, por consiguiente, la consciente búsqueda de la identidad nacional. Este vendría a ser un producto de la originalidad temática, técnica y lingüística en la novela peruana en base a las aspiraciones y al sentir populares. A mérito de tan digna preocupación, el regionalismo se vio definitivamente consagrado en nuestro proceso novelístico y, bebiendo de esa fuente, puede seguir rebusteciéndose hasta lograr la soñada identidad cultural.

José María Arguedas, indicado como “el más grande narrador del Perú” (39), cuenta en su haber literario con la captación de diversos grupos en conflicto, bajo el diseño de una estructura de dominación estratificada, que caracteriza nuestra sociedad;

con el mensaje de un mundo en descomposición y con el serio esfuerzo por encontrar la literatura nacional. La contradicción que actúa dentro de tres niveles de oposición; entre indios y terratenientes, entre la sierra y la costa y, en forma totalizante, entre el Perú y el imperialismo (40), pone al descubierto la red de dependencia y la compleja realidad de un país subdesarrollado. Arguedas, a través de sus obras, ha recogido el gemido agónico de la tragedia nacional; además ha intentado, según su experiencia y mediante diferentes formas, una integración global como se aprecia en *Los ríos profundos*. Sin embargo, la frustración literaria e ideológica del autor, que lo habría conducido a su última rebelión contra el mundo burgués insensible e incomprensivo (41), dejó irresuelta la unidad que, aún hoy, permanece como un debate nacional (42).

También, debe recordarse el nombre de César Vallejo en la tarea de hacer una literatura auténticamente nacional. El significa en el verso y, concretamente, en la prosa la plasmación de la vida peruana. En la novela, desde *Escalas melografiadas* (1923) hasta *El tungsteno* (1931) brota la dramática situación del hombre oprimido por la injusticia; esta última, defiende nuestras riquezas y protesta contra la diezmación del indígena por acción de la alianza de las autoridades gubernamentales con los capitalistas extranjeros: denuncia de contenido regionalista.

Aparte de las corrientes o autores comentados, es imprescindible hacer referencia el aporte literaria que otros escritores han legado al empeño de construir una literatura singularmente peruana. Por ejemplo César Falcón, en *El pueblo sin Dios* (1928), aboga por los desposeídos y acusa a la trinidad explotadora del indígena. También Abelardo Gamarra, el Tunante, revivió por medio de sus artículos lo provinciano en Lima y puso en escena a los prefectos, subprefectos y gobernadores como representantes de la pandilla oficial que exprimía al indio. Del mismo modo, alcanzan renombre, dentro del regionalismo, Vladimiro Bermejo y Roberto Barrionuevo, como buscadores de la legítima expresión americana (43).

3. REGIONALISMO Y TRES NOVELAS PERUANAS DEL SIGLO XIX

La novela, vista hoy como la representación de la totalidad de manifestaciones vitales (44), plantea una vasta problemática. En ella se halla la revelación de un mundo que, enriquecido con hechos trascendentales y modalidades psicológicas, supera lo simplemente objetivo. Esta forma de expresión literaria nació al Perú, igual que a la América Hispánica, en el siglo XIX. Desde entonces, a pesar de la insistente influencia europea y la continuidad colonial en el aspecto cultural del país, la novela peruana se aferró a la realidad nacional.

Se observa que en la novela peruana del siglo XIX abunda la presencia de un discurso constante acerca de la realidad social. Los novelistas, al alejarse de la línea narrativa principal para realizar teorizaciones directas, debilitan la unidad y le restan calidad artística a sus obras. De este generalizado defecto panfletario se le eximió a Mercedes Cabello hasta convertirla en la iniciadora de la verdadera novela peruana de esa época (45). En verdad, no hay novela decimonónica que no adolezca de tal limitación. Desde los detalles de la abandonada vida de los pobladores del Cusco presentados por Narciso Aréstegui, pasando por los desenfrenados ataques políticos de Fernando Casós, hasta la crítica moralista a la vieja aristocracia limeña, intensificada por Mercedes Cabello e iniciada por Benjamín Cisneros, o, mejor, hasta la protesta contra los nobles y autoridades de provincia, a cargo de Clorinda Matto, se experimenta el afán del autor por cuestionar en forma abierta los acontecimientos reales.

Manteniendo este criterio de apreciación, en la novela peruana del siglo XIX aparecen dos subgrupos de a tres. El primer triunvirato, conformado por Narciso Aréstegui, Torres Lara y Clorinda Matto, lleva como distinción novelística el desencanto de la independencia, el abandono y el atraso en los pueblos del Perú, la sensibilidad de sectores medios aculturados y la denuncia contra las autoridades que explotan al indio. El segundo trío, con Benjamín Cisneros, Fernando Casós y Mercedes Cabello, presenta, bajo el velo de la reprensión moralista, una literatura intimista y aristocrática que se desvanece por carecer de una raíz popular.

3.1. El Abandono en El Padre Horán

El Padre Horán (1848), como ya es sabido, goza del reconocido prestigio de ser la primera novela peruana. Merecido privilegio para una obra que, por lo menos, posibilitó mostrar lo fácilmente observable del atraso y la postración de la sociedad cusqueña de entonces.

La lectura de *El Padre Horán* conduce a presenciar una serie de acontecimientos dramáticos que, sumados, constituyen la historia de un pueblo novelada en base a su realidad. Así, se percibe una espeluznante cadena de muertes, causada por el abandono y la indiferencia en que incurría el oficialismo limeño para con los problemas del interior peruano. Fatal historia la del Cusco —igual que a la de muchos pueblos en el Perú— que, como antítesis de la bonanza y la orgía guanera en la capital de esa época, agoniza en la miseria para aparecer en igual antagonismo (fuera del ámbito de la novela), años más tarde, mostrando una ligera prosperidad en la industria textil, al bloquearse el comercio internacional cuando Lima y la costa vivían el peor desastre a causa de la invasión chilena.

La novela en referencia se configura con el desarrollo lineal e intercalado de sucesos que, articulados bajo distintas formas a la Iglesia (religión) y en menor grado a otras instituciones públicas o grupos de poder provinciano (gobierno), van marcando globalmente, con sus múltiples desenlaces, el transcurrir y devenir de un gran tema, el abandono nacional, y de un personaje mayor, el Cusco. Asimismo, en el interior de este contexto, cada tema tratado tiene por lo menos un personaje que lo represente. Mejor dicho, los personajes, caracterizados de acuerdo a la función social que el hombre desempeña en la sociedad, protagonizan determinadas acciones inherentes a su condición y a su clase.

Casimira, la viuda de un héroe de Junín, reseña el desencanto de la Independencia y, con su situación, da testimonio de la azarosa vida que llevaban los deudos de los que perecieron por la patria. Esta ajenidad sitúa a la mesocracia peruana, en especial a la mujer, al margen de todo proyecto nacional.

En Juan Bautista se refleja el problema agrícola del Cusco. Bautista, héroe de las guerras emancipadoras, es un pequeño agricultor en tierras arrendadas. Como tal tiene que hacer frente a in-

contables dificultades para cultivar y, posteriormente, hasta para poner en venta los escasos y ya disminuidos productos que recogía. Este problema pone en evidencia la diferencia entre pequeños agricultores y el sistema de haciendas, tanto en el norte moderno como en el sur feudal. Esta desigualdad se sustenta en la política de desarrollo gubernamental impropia que, con fines de exportación y en desmedro de la agricultura serrana, sólo auspició la zona costeña. Por ello, seguramente, aflora en labios del personal una apesadumbrada queja acerca de la función administrativa. Según Juan Bautista, las autoridades políticas y religiosas no representan ni realizan acciones positivas; al contrario, imponen tributos, diezmos y primicias o, simplemente, son ajenas a las necesidades perentorias del pueblo. En este sentido, Bautista es uno de los personajes más conscientes de la realidad cusqueña en la novela. Ideológicamente trasmite el sentimiento popular e inclusive el pensamiento del autor; pide, con insistencia y constancia, protección para el mercado, frente a la avasallante importación, y para todas las actividades económicas en estado de abandono, a fin de superar el atraso: postura que condensa la tesis regionalista de ese período.

La destrucción de la industria textil avanza, gradual y paralelamente, con las vicisitudes en la vida familiar del tejedor Calixto. Este compite titánicamente con la industria capitalista en el mercado regional. Tenaz artesano que con los hilos ata su existencia al destino de la industria textil nacional o, al revés, el desarrollo de ésta se encuentra supeditado a las posibilidades del artesano. De cualquier modo, ambos están condenados a desaparecer pronto en el abandono oficial y a fuerza de la penetración inglesa. El impase de mayor magnitud para la actividad de Calixto lo constituye, en la novela, el desplazamiento que su producto sufre en el mercado; asimismo, en la real historia, la ruina de la industria textil cusqueña, dedicada a la fabricación del tocuyo, se perpetró debido a la preferencia del tejido inglés por parte de los consumidores, conformados por terratenientes y contados funcionarios, aparte de la misma burguesía comercial (46).

La realidad indígena, con el tributo y la servidumbre, no podía ser soslayada del ámbito novelesco de *El Padre Horán*. La vida de la familia de indios, Dionicio y Leandra con sus hijos, en los alrededores de la ciudad, que callada y resignada-

mente sufre su inhumana situación, resume parcialmente la espionosa cuestión indígena. Esta, igual que los demás aspectos, está limitada tan sólo a ser mostrada al lector desde una perspectiva exterior. Sin embargo, el autor ha sido calificado como el precursor del indigenismo en la novela peruana (47), calificativo que se sustenta en lo más importante de la presentación del asunto indígena: marginalidad y explotación desmedida.

El trabajo y la usura, dos polos opuestos en la actividad humana, también son examinados por el novelista. Estos, como el bien y el mal, protagonizan una lucha cruenta por acción de los personajes: Simeón, el trabajador, y Tadeo, el usurero.

La educación es otro aspecto que no se descuida en *El Padre Horán*. Se presenta, como en la realidad, desatendida y reservada para la clase alta provinciana, con el agravante de ser hasta en ella un privilegio del sexo masculino.

El exponer un ligero examen de subtemas, que en mi opinión conducen a un tema constante: el abandono, puede seguir extendiéndose a otros aspectos de singular importancia, presentes aún en el contenido de la novela. La población, la niñez y la juventud, la salud, el arte, el servicio militar y la delincuencia son, entre otros, asuntos que ocupan un lugar en el universo recreado por Aréstegui.

Luego, la Iglesia ocupa cuantitativamente gran parte de la novela y su representación adquiere un panorama amplio que al autor le permite aproximarse al nivel crítico. Ante el lector, la Iglesia aparece en su totalidad. Dos puntos de vista, desde fuera y desde dentro, captan dos universos distintos y contradictorios que van dando paso a la verdad, conforme a las explicaciones del novelista y el desenlace de los hechos. El mundo interior de la Iglesia lo constituyen dos sacerdotes contrapuestos: Horán, el abominable, y Lucas, el mensajero ideal de la fe católica. Lo exterior es una imagen casi siempre deformada, según el grado de creencia del pueblo.

Finalmente, para una mejor aproximación temática total, es indispensable considerar el objetivo manifiesto por el autor y la incipiente construcción narrativa. Aquí, empezando con el subtítulo: "Escenas de la vida del Cuzco", indica el fin primordial que persigue el escritor. Esta, con el relato de varias historias sueltas, debilita el núcleo en la novela, supuestamente basado en el asesinato de Angélica por su confesor, y, a cambio posibilita la

representación de un mundo (Cusco) en estado de abandono con relación a los asuntos tratados (48). Así, el abandono es el factor común y la síntesis de la vida cusqueña en la novela.

3.2. La Denuncia en *Aves sin Nido*

Aves sin nido significa la presentación crítica de la realidad andina y, primordialmente, la denuncia consciente contra el abusivo ejercicio de la autoridad política y eclesiástica. Matto novela el mundo andino, tanto vinculado como aislado de la capital, y lo enjuicia con conocimiento, aunque lleno de sentido moral y espíritu burgués.

La denuncia constituye, sin duda alguna, lo más genuino de *Aves sin nido* (49). Protesta cuyo objetivo era corregir los vicios del poder político, mostrar la vida del indígena y terminar con el celibato sacerdotal. Matto de Turner, después de haber examinado la realidad de cada uno de estos tres problemas, plantea una tesis que ideológicamente la identifica con la burguesía liberal de su tiempo. Una mejor organización estatal y jurídica que se esmere en regir los destinos de poblaciones apartadas, el matrimonio o la vida familiar para los ministros de la Iglesia, la educación como único vehículo de civilización y la migración de los hombres hábiles, para educarse y ser "un hombre útil", son las principales propuestas que la novelista exhibe frente a la grave problemática andina.

El plano representativo de *Aves sin nido* denuncia la desarticulación nacional y la situación social andina. Kíllac, pequeño caserío andino, marca el distintivo de "casa para los notables y choza para los naturales", y se ubica como una antítesis de Lima, como símbolo de los pueblos del interior. La relación de notables e indios, con la participación de forasteros que se inclinan a proteger a éstos, es la que determina la realidad social y política de Kíllac. Los notables son un grupo institucionalizado de comerciantes y autoridades para esclavizar al indio; los comerciantes, para llevar a cabo la costumbre del "reparto antelado" y los forasteros, para luchar los notables, a favor de los indios.

Lima se opone a esa interpretación crítica del universo andino. Ella es modelo de civilización para los forasteros y para el único estudiante de la novela. En cambio, para los notables no

pasa de ser una ciudad extranjera y para los indios, un mundo aún más desconocido e ignorado. Todo ello explica la desarticulación de nuestra organización política.

La denuncia política, en *Aves sin nido*, acusa a las autoridades políticas (juez, gobernador y subprefecto) de apropiarse, tanto legal como ilegalmente, de los bienes del indio. Así, por ejemplo, con el engaño de abogar por la libertad de Isidro, inocente campanero encarcelado, un tinterillo distribuye las reses de su víctima entre las autoridades. En lo legal y la costumbre, las autoridades políticas gozan de beneficios, tales como: faenas, mitas, contribuciones y banquetes. La denuncia judicial pone en manifiesto la ineficacia del proceso judicial, como parte de la superestructura de la sociedad peruana; critica la ineptitud, la inmoralidad, la poca educación y la convivencia de los jueces con el resto de las autoridades gubernamentales y con los notables de Kíllac; sobre todo, censura acremente la incapacidad de los organismos judiciales para impartir justicia y la falta de celeridad para esclarecer oportunamente los juicios pendientes.

Matto de Turner perseguía, como meta fundamental de su denuncia, crear conciencia acerca del problema nacional (50) para, después, pasar al plano concreto de las medidas moralizadoras o correctivas que remedien la generalizada corrupción de autoridades locales y libren así, a los pueblos pequeños, de las acciones lesivas de estos malos funcionarios (51).

La denuncia eclesiástica de Matto de Turner se reviste de la misma intención reformista. La novelista, "anticlerical y antiguubernativa", ve en el clero el liderazgo de "la trinidad embrutecedora del indio", la cuna de un sinnúmero de vicios. Estos males que, por su influencia, causan graves perjuicios en los pueblos de la Sierra, según lo planteado en la novela, son producto del celibato antinatural que se les impone a los sacerdotes. Partiendo de esta premisa es que, en el texto, se exige la abolición del celibato.

Por último, en *Aves sin nido* brota la denuncia sentimental, con un sentido de idealización y protesta, para encarar la situación indígena. La idealización esta contenida en la despersonalización y la reiterada exaltación de los valores del indio. Sin embargo, lo fundamental, en la novela, con respecto al indio, es la protesta de la mísera condición en que vivía esta masa humana (52). Con tal finalidad, presenta una larga "observación de los

problemas que agobiaban al poblador americano de su tiempo” (53). La mita, el reparto antelado y el pongaje dan testimonio de los instrumentos legales con los que el poder local perpetraba la esclavitud sobre el indio. El cuestionamiento de estas vías legales para esquilmar al indio y el enjuiciamiento a la corrupción y perversión de las autoridades en pueblos andinos, han servido de antesala a una corriente literaria que logra imponer el indigenismo, como un movimiento genuinamente nacional (54), y, asimismo, han significado el poder acusador de Clorinda Matto.

3.3. La Autonomía en La Ciudad de los Reyes

La Ciudad de los Reyes, conocida como novela histórica que comprende el período entre 1884 y 1895, no ha sido estudiada. Aparte de algunas referencias que aparecen en el estudio de Porras Barrenechea que, desde el punto de vista histórico, realizara sobre Dávalos y Lissón, en su libro *Fuentes históricas Peruanas*, sólo Mario Castro Arenas, luego de encontrar carencia de recursos literarios en la novela, la considera interesante “por la imagen que ofrece de los intentos autonómicos y federalista del departamento de Loreto” (55). Sin embargo, una nueva apreciación de la novela no puede negar su innovador aporte técnico, con la introducción del monólogo interior, a la novelística peruana; ésta tampoco debe olvidar, sino, al contrario, resaltar la valiosa visión global del país de fines del siglo pasado que constituye la totalidad del mundo representado en la obra de Dávalos y Lissón.

El movimiento autonómico que aparece en la novela es tomado, por el autor, de la insurrección histórica de Loreto en 1896. Dávalos y Lissón presenta el problema autonómico bajo la forma de una polémica nacional. Gracias a las razones que las partes y la opinión pública van exponiendo, en esta confrontación, el lector puede elaborar sus propias conclusiones. Estas, en el caso mío, me llevan a la convicción de que la justa aspiración autonómica de las provincias es el resultado del nefasto gobierno centralista, del aislamiento geográfico y de la diversa realidad de las regiones en el Perú. Todo ello se traduce de la imagen que la novela refleja al criticar el papel de las autoridades políticas, insistir en el aislamiento de Loreto y poner al descubierto las diferencias entre éste y la capital.

La crítica al gobierno centralista se cumple mediante un cuestionamiento de dos niveles. En uno, se lo condena por su acción negativa enmarcada específicamente en la selva; en otro, se le juzga en su conjunto, en todo el país.

Igualmente hay una doble representación de los universos (Lima-Loreto) presentados en la novela: imaginaria y real. La imaginaria, supuesta y falsa, es la idealización de los personajes sobre una realidad que ignoran (la imagen que tienen los limeños acerca de Loreto o de Lima los loretanos, antes de conocerla). La real o verdadera pertenece al plano del lector y se presenta como un producto de la percepción que Alfonso Urzúa —personaje principal— tiene de la misma realidad.

El debate nacional en torno al regionalismo, expresado como aspiración autonómica, en la novela, adquiere una tónica puramente oficial, ya que se entabla entre el Presidente, en nombre del gobierno, y la delegación, que dice representar los intereses de Loreto. Tres reuniones buscaron solucionar el problema pero falta la convicción y madurez política de los delegados, la ignorancia del pueblo limeño sobre la realidad nacional y la lucha de los partidos políticos por el poder parecen haber determinado el derrumbamiento de una solución más adecuada y, por consiguiente, la primacía del centralismo.

El mérito de Pedro Dávalos y Lissón está justamente en haber motivado un debate y una polémica novelesca, en torno a las exigencias de la cruda realidad nacional, entre dos bandos incompatibles, entre el sentir de las provincias y la indigna terquedad centralista, entre el Perú profundo y el puramente convencional: diálogo estéril hasta hoy, por la intransigencia del grupo dominante.

NOTAS

- (1) El presente artículo es un resumen de la tesis que, con el mismo título, se sustentó en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1985.
- (2) Basadre, Jorge: *La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú*. Lima, Edit. Huascarán, 1947. 2da. ed. p. 107.
- (3) Romero, Emilio y Lévano César: *Regionalismo y centralismo*. Presencia y proyección de los 7 Ensayos. Lima, Amauta, 1969. Romero considera, especialmente, la meseta del Titicaca como "la tierra de nadie". p. 11.
- (4) "Presentación", en *Allpanchis*, Nro. 13. Cusco, 1979. Número dedicado al regionalismo.
- (5) *La multitud...* op. cit. p. 215.
- (6) Flores Galindo, Alberto: "Región y regionalización en el Perú". En *Lecturas sobre regionalización*. Lima, Centro de Impresiones de la Universidad del Pacífico, 1981. pp. 79-83.
- (7) Valcárcel, Luis: *Política nacional*. Cusco, Imprenta El Trabajo, 1916. p. 7.
- (8) Mariátegui, José Carlos: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta, 1978. 17 ed. popular. p. 194.
- (9) Basadre, Jorge: *Equivocaciones*. Lima, Casa Editora La Opinión Nacional, 1928. p. 54.
- (10) *7 ensayos...* op. cit. p. 215
- (11) Id. p. 216.
- (12) Eelaúnde, Víctor Andres: *La realidad nacional*. Lima, Editorial Villanueva, 1964. 3ra. ed. p. 59.
- (13) *La multitud...* op. cit. pp. 173-175.

- (14) *Enciclopedia universal ilustrada europea-americana*. Tomo L. Madrid, Espasa Calpe, 1923. p. 194.
- (15) *Diccionario enciclopédico Espasa*. Tomo V. Madrid, Espasa Calpe, 1981. 8va. ed. p. 109.
- (16) Lafont, Robert: *La revolución regionalista*. Barcelona, Editorial Ariel, 1971. p. 34.
- (17) Núñez, Estuardo; *La Literatura Peruana en el Siglo XX*. México, Editorial Pomarca, 1965 p. 87
- (18) Tamayo Herrera, José: *Historia social del indigenismo cuzqueño siglos XVI-XX*. Lima, INC., 1980. p. 31.
- (19) *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales*. Volumen 9. España, Aguilar, 1969. p. 62.
- (20) Orbegoso, Efraín: "En la regionalización: El mar territorial gran ausente". En: *Dominical de El Comercio*. Lima, diciembre 7, 1975. pp. 4-5.
- (21) Charles Brun, Jean: *El regionalismo*. Madrid, Francisco Beltrán Editor, 1918. Traducción del francés por José Acuña. p. 292. En esta página, Charles Brun, establece las diferencias entre concentración y centralización.
- (22) Abugattás, Luis: "Bibliografía, migración, urbanización y marginalidad en el Perú". En *Apuntes*. Año V. No. 9. Lima, 1979. pp. 151-154.
- (23) Losada, Alejandro: *Creación y praxis*. Lima, UNMSM, 1976. pp. 211 y 218.
- (24) Mariátegui, José Carlos: Op. cit. p. 239
- (25) *El Perú actual (sociedad y política)*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1970. p. 32.
- (26) Id. p. 20
- (27) Tamayo Herrera, José: Op. cit. p. 80.
- (28) Escobar, Alberto: *La narración en el Perú*. Lima, Editorial Letras Peruanas, /1956/. p. 10.
- (29) *7 ensayos...* op. cit. p. 244 y *La realidad nacional...* op. cit. p. 115.
- (30) Para Luis A. Sánchez, Melgar es el iniciador de la poesía peruana y del romanticismo; Tamayo Vargas y Alberto Tauro inciden en el nacionalismo del poeta; José Gálvez apunta la profundidad y

fuerza de la poesía melgariana y Porras Barrenechea encuentra en Melgar la voz de las mitas, la tierra, los campamentos y los obrajes.

(31) Mariátegui busca recuperar la figura de Palma, empequeñecida y deformada, de las manos de Riva Agüero y su clase.

(32) Ventura García Calderón trata a González Prada como "el menos peruano de los escritores": *Literatura peruana*. New York, París, 1914. p. 78.

(33) Sánchez, Luis: *Introducción crítica a la literatura peruana*. Lima, Villanueva, 1972. p. 110.

(34) Seudónimo de Torres Lara quien, antecediendo a Matto de Turner, escribió la novela: *La trinidad del indio o costumbres del interior*. Lima, Imprenta Bolognesi, 1885.

(35) Aun Mercedes Cabello, a pesar de los elogios recibidos por algunos críticos que la prefirieron ante Clorinda Matto, corre esa suerte. Tamayo Vargas y Ventura García Calderón, entre otros, han figurado como sus admiradores.

(36) Mariátegui, José Carlos: *7 ensayos...* op. cit. p. 278.

(37) Castro Arenas, Mario: *La no-*

vela peruana y la revolución social. Lima, José Godard, /sf/. 2da. ed. p. 160.

(38) Cornejo Polar, Antonio: *La novela indigenista*. Lima, Lasontay, 1980. pp. 49-53.

(39) Losada, Alejandro: Op. cit. p. 271.

(40) Cornejo Polar, Antonio: Op. cit. p. 81.

(41) Ortega, Julio: *La cultura peruana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978. p. 53.

(42) Losada, Alejandro: Op. cit. pp. 79-80.

(43) Núñez, Estuardo: *La literatura peruana...* op. cit. p. 134.

(44) Lukács, Georg: *La novela histórica*. México, Era, 1966. p. 298.

(45) Riva Agüero, Ventura García Calderón y Tamayo Vargas comparten la opinión de encontrar en Mercedes Cabello el valor de ser la primera novelista nacional.

(46) Tamayo Herrera, José: Op. cit. p. 60. En el libro se corrobora lo dicho acerca del problema textil.

(47) Sánchez, Tamayo Herrera y

Castro Arenas lo han valorado así.

(48) Existe unanimidad y diversidad de criterios al respecto.

(49) Ninguno de los críticos ha podido negar la capacidad de denuncia que tienen las novelas de Clorinda Matto.

(50) Carrillo, Francisco: *Clorinda Matto de Turner y su indigenismo literario*. Lima, Biblioteca Universitaria, 1967. p. 33. También Basadre resalta que *Aves sin nido* tiene de propaganda y de denuncia.

(51) Cuadros, Manuel: *Paisaje y obra... mujer e historia: Clorinda Matto de Turner*. Cusco,

Rozas Sucesores, 1949. p. 114. El autor incide en la necesidad de escuchar y aplicar el criterio moralizador de Matto de Turner para mejorar la administración pública.

(52) Moreyra Paz Soldán, Carlos: *Bibliografía regional peruana*. 2da. ed. Lima, Villanueva, 1976. p. 23.

(53) Urello, Antonio: *José María Arguedas: el nuevo rostro del indio*. Michigan, The University of Iowa, 1972. p. 23.

(54) Francisco Carrillo resalta este significado.

(55) Castro Arenas, Mario: Op. cit. p. 178.